barquito y emprendía la marcha perchando como un desesperado.

El viaje era largo. Había que atravesar toda la Albufera para ir al Palmar y no soplaba viento. Pero Tonet sentíase espoleado por el miedo, por la incertidumbre, y su barquito resbalaba como una lanzadera sobre el obscuro tisú del agua, moteado por los puntos de luz de las estrellas.

Era más de media noche cuando llegó al Palmar. Estaba fatigado, con los brazos rotos por el desesperado viaje y deseaba encontrar tranquila la taberna para caer como un leño en la cama. Al amarrar su barquichuelo frente á la casa, la vió cerrada y silenciosa como todas las del pueblo, pero las rendijas de la puerta marcábanse con líneas de roja luz.

Le abrió la tía de Neleta, y al reconocerle hizo un gesto de atención, designando con el rabillo del ojo á unos hombres sentados ante el hogar. Eran labradores de la parte de Sueca que habían venido á la tirada: antiguos parroquianos que tenían campos cerca del Saler y á los que no se podía despedir, so pena de inspirar sospechas. Habían cenado en la taberna y dormitaban junto al fuego, para montar en sus barquitos una hora antes de romper el día y esparcirse por el lago, esperando los pájaros que escapasen ilesos de los buenos puestos.

Tonet los saludó á todos, y después de cambiar algunas palabras sobre la fiesta del día siguiente, subió al dormitorio de Neleta.

La vió en camisa, pálida, las facciones desencajadas, oprimiéndose los riñones con ambas manos y con una expresión de locura en los ojos. El dolor la hacía olvidar la prudencia, y lanzaba rugidos que asustaban á su tía.

—*¡Te van á oir!*—exclamaba la vieja.

Neleta, sobreponiéndose al sufrimiento, se ponía los puños en la boca ó mordía las ropas de su cama para ahogar los gemidos.

Por consejo de ella, Tonet bajó á la taberna. Nada había de remediar permaneciendo arriba. Acompañando á aquellos hombres, distrayéndolos con su conversación, podía impedir que oyesen algo que les infundiera sospechas.

Tonet pasó más de una hora calentándose en el rescoldo de la chimenea, hablando con los labradores de la pasada cosecha y de las magníficas tiradas que se preparaban. Hubo un momento en que se cortó la conversación. Todos oyeron un grito desgarrado, salvaje; un chillido semejante al de una persona asesinada. Pero la impasibilidad de Tonet los tranquilizó.

—*El ama está un poch mala*—dijo.

Y siguieron hablando, sin prestar atención á los pasos de la vieja que iban de un lado á otro apresuradamente, haciendo temblar el techo. Pasada media hora, cuando Tonet creyó que todos habían olvidado el incidente, volvió á subir al dormitorio. Algunos labradores cabeceaban, dominados por el sueño.

Arriba vió á Neleta tendida en el lecho, blanca, pálida, inmóvil, sin más vida que el brillo de sus ojos.

—*Tonet... Tonet*—dijo débilmente.

El amante adivinó en su voz y en su mirada

todo lo que quería decirle. Era una orden: un mandato inflexible. La fiera resolución que tantas veces había asustado á Tonet, volvía á reaparecer en plena debilidad, después de la crisis anonadadora. Neleta habló lentamente, con una voz débil como un suspiro lejano. Lo más difícil había pasado ya: ahora le tocaba á él. A ver si mostraba coraje.

La tía, temblando, con la cabeza perdida, sin darse cuenta de sus actos presentaba á Tonet un envoltorio de ropas, dentro del cual se revolvía un pequeño sér, sucio, maloliente, con la carne amoratada.

Neleta, al ver próximo á ella el recién nacido, hizo un gesto de terror. ¡No quería verlo: temía mirarlo! Se tenía miedo á sí misma, segura de que si fijaba un instante la vista en él, renacería la madre y le faltaría valor para dejar que se lo llevasen.

—*Tonet... en seguida... empórtatelo.*

El *Cubano* dió sus instrucciones rápidamente á la vieja y bajó para despedirse de los labradores, que ya dormían. Fuera de la taberna, por la parte del canal, la vieja le entregó el animado paquete á través de una ventana del piso bajo.

Cuando se cerró la ventana y Tonet quedó solo en la obscuridad de la noche, sintió que de golpe se desplomaba todo su valor. El lío de ropas y de carne blanducha que llevaba bajo su brazo le infundía miedo. Parecía que instantáneamente se había despertado en él una nerviosidad extraña que aguzaba sus sentidos. Oía todos los rumores del pueblo, hasta los más insignificantes, y le parecía que las estrellas tomaban un color rojo. El viento estremeció un olivo enano inmediato á la taberna y el rumor de las hojas hizo correr á Tonet, como si todo el pueblo despertase y se dirigiera hacia él preguntando qué llevaba bajo el brazo. Creyó que la *Samaruca* y sus parientes, alarmados por la ausencia de Neleta durante el día, rondaban la taberna como otras veces y que la feroz bruja iba á aparecer en la orilla del canal. ¡Qué escándalo si le sorprendían con aquel envoltorio!... ¡Qué desesperación la de Neleta!...

Arrojó en el fondo de su barquito el paquete de ropas del cual comenzó á salir un llanto desesperado, rabioso, y cogiendo la percha pasó el canal con una velocidad loca. Perchaba furiosamente, como espoleado por los lloros del recién nacido, temiendo ver iluminadas las ventanas de las casas y que las sombras de los curiosos le preguntasen á dónde iba.

Pronto dejó atrás las viviendas silenciosas del Palmar y salió á la Albufera.

La calma del lago, la penumbra de una noche tranquila y estrellada, pareció darle valor. Arriba el azul obscuro del cielo; abajo el azul blanquecino del agua, conmovido por estremecimientos misteriosos que hacían temblar en su fondo el reflejo de las estrellas. Chillaban los pájaros en los carrizales y susurraba el agua con el coleteo de los peces persiguiéndose. De vez en cuando, confundíase con estos rumores el llanto rabioso del recién nacido.

Tonet, cansado por aquella noche de continuos viajes, seguía moviendo su percha, empujando el

barquito hacia el Saler. Su cuerpo sentíase embrutecido por la fatiga; pero el pensamiento despierto y aguzado por el peligro, funcionaba con más actividad aún que los brazos.

Ya estaba lejos del Palmar, pero aún le faltaba más de una hora para llegar al Saler. De allí á la ciudad otras dos horas largas de camino. Tonet miró al cielo: debían ser las tres. Antes de dos horas surgiría el alba y el sol estaría ya en el horizonte cuando llegase él á Valencia. Además pensaba con terror en la larga marcha por la huerta de Ruzafa, vigilada siempre por la guardia civil; en la entrada en la ciudad, bajo la mirada de los del resguardo de consumos que querrían examinar el paquete que llevaba bajo el brazo: en las gentes que se levantaban antes del amanecer y le encontrarían en el camino, reconociéndolo. ¡Y aquel llanto, desesperado, escandaloso, que cada vez era más fuerte y constituía un peligro aun en medio de la soledad de la Albufera!...

Tonet veía ante él un camino interminable, infinito, y sentía que las fuerzas le abandonaban. Nunca llegaría á las calles de la ciudad, desiertas al amanecer; á los portales de las iglesias donde se abandonan los niños como un fardo enojoso. Era facil desde el Palmar, en la soledad silenciosa del dormitorio, decir: «Tonet, haz esto»; pero la realidad se encargaba después de ponerse delante con sus obstáculos infranqueables.

Aun en el mismo lago crecía por momentos el peligro. Otras veces podía navegarse de una orilla á otra sin encontrar á nadie, pero en aquella noche la Albufera estaba poblada. En cada *mata*,

en cada replaza notábase el trabajo de hombres invisibles, los preparativos de la tirada.

Todo un pueblo iba y venía en la obscuridad sobre los negros barquitos. En el silencio de la Albufera, que transmitía los ruidos á prodigiosas distancias, sonaban los mazos clavando las estacas de los puestos de los cazadores, y como rojas estrellas brillaban á flor de agua los manojos de inflamadas hierbas, á cuya luz terminaban sus preparativos los barqueros. ¿Cómo seguir adelante, entre gentes que le conocían, acompañado por el lloro del recién nacido, lamento incomprensible en medio del lago? Cruzóse con una barca que pasó á larga distancia, pero al alcance de la voz. Sin duda se habían extrañado de aquel llanto.

—*Compañero*—gritó una voz lejana.—*¿Qué portes ahí?...*

Tonet nada dijo, pero sus fuerzas le abandonaron para seguir el viaje, y se sentó en un extremo del barquito, soltando la percha. Quería permanecer allí aunque le sorprendiese el amanecer. Tenía miedo á continuar y se abandonaba con el anonadamiento del rezagado que se arroja al suelo sabiendo que va á morir. Reconocíase impotente para cumplir su promesa. ¡Que le sorprendiesen, que todos se enteraran de lo ocurrido, que Neleta perdiese su herencia!... ¡él no podía más!

Pero apenas hubo adoptado esta resignación desesperada, comenzó á marcarse en su cerebro una idea que parecía quemarle con su contacto. Primero fué un punto de fuego, después un ascua, luego una llamarada, hasta que por fin rompió

como formidable incendio que hinchaba su cabeza, amenazándola con un estallido, mientras un sudor helado se esparcía por su frente como la respiración de este hervidero.

¿Para qué ir más lejos?... El deseo de Neleta era que desapareciese el testigo de su falta para no perder una parte de la fortuna: abandonarlo, ya que con su presencia podía comprometer la tranquilidad de los dos, y para esto ningún sitio como la Albufera, que había ocultado muchas veces á hombres buscados por la justicia, salvándolos de minuciosas persecuciones.

Temblaba al pensar que el lago no conservaría la existencia de aquel cuerpecillo débil y naciente; ¿pero acaso el pequeño tenía más asegurada la vida si lo abandonaba en cualquier callejón de la ciudad? «Los muertos no vuelven para comprometer á los vivos». Y Tonet, al pensar esto, sentía resucitar en él la dureza de los viejos Palomas, la cruel frialdad de su abuelo, que veía morir sus hijos pequeños sin una lágrima, con el pensamiento egoísta de que la muerte es un bien en la familia del pobre, pues deja más pan para los que sobreviven.

En un momento de lucidez, Tonet se avergonzó de su maldad, de la indiferencia con que pensaba en la muerte del sér que estaba á sus pies y que callaba ahora como fatigado por el llanto rabioso. Le había contemplado un instante, y, sin embargo, su vista no le produjo ninguna emoción. Recordaba su rostro amoratado, el cráneo puntiagudo, los ojos saltones, la boca enorme, que se contraía, estirándose de oreja á oreja.

Una ridícula cabeza de sapo que le había dejado frío, sin que latiese en él el más débil sentimiento. ¡Y sin embargo, era su hijo!...

Tonet, para explicarse esta frialdad, recordaba lo que muchas veces había oído á su abuelo. Sólo las madres sienten una ternura instintiva é inmensa por sus hijos desde el momento que nacen. Los padres no los aman en seguida: necesitan que transcurra el tiempo, y sólo cuando crece el pequeño se sienten unidos á él por un continuo contacto, con cariño reflexivo y grave.

Pensaba en la fortuna de Neleta, en la integridad de aquella herencia que consideraba como propia. Alterábanse sus duras entrañas de perezoso que ve resuelto para siempre el problema de la existencia, y su egoísmo se preguntaba si era prudente comprometer la buena fortuna de su vida por conservar un sér, pequeño y feo, igual á todos los recién nacidos y que no le causaba la más leve emoción.

Porque él desapareciese, nada malo ocurriría á los padres; y si él vivía, tendrían que regalar á gentes odiadas la mitad del pan que se llevaban á la boca. Tonet, confundiendo la crueldad y el valor con esa ceguera propia de los criminales, se reprochaba su indecisión que le tenía como clavado en la popa de la barca, dejando pasar el tiempo.

La obscuridad era cada vez más tenue. Se adivinaba la proximidad del día. Sobre el cielo gris del amanecer pasaban, como resbaladizas gotas de tinta, algunos grupos de aves. Lejos, por la parte del Saler, sonaban los primeros esco-

petazos. El pequeñuelo comenzó á llorar, martirizado por el hambre y el frío de la mañana.

—*¡Cubano!... ¿eres tú?*

Tonet creyó oir este llamamiento desde una barca lejana.

El miedo á ser reconocido le hizo ponerse de pie, empuñando la percha. En sus ojos lucía una punta de fuego, semejante á la que iluminaba algunas veces la verde mirada de Neleta.

Lanzó su barquito por dentro de los carrizales, siguiendo los tortuosos callejones de agua abiertos entre las cañas. Iba á la ventura, pasando de una mata á otra, sin saber ciertamente dónde se encontraba, redoblando sus esfuerzos como si alguien le persiguiese. La proa del barquito separaba los carrizos, rompiéndolos. Se abrían las altas hierbas para dar paso á la embarcación, y los locos impulsos de la percha la hacían deslizarse por sitios casi en seco, sobre las apretadas raíces de las cañas, que formaban espesas madejas.

Huía sin saber de quién, como si sus criminales pensamientos bogasen á su espalda persiguiéndolo. Se inclinó varias veces sobre el barquito, tendiendo una mano á aquel envoltorio de trapos, del que salían furiosos chillidos, y la retiró inmediatamente. Pero al enredarse la barca en unas raíces, el miserable, como si quisiera aligerar la embarcación de un lastre inmenso, cogió el envoltorio y lo arrojó con fuerza por encima de su cabeza, más allá de los carrizos que le rodeaban.

El paquete desapareció entre el crujido de las cañas. Los harapos se agitaron un instante en la

penumbra del amanecer, como las alas de un pájaro blanco que cayese muerto en la misteriosa profundidad del carrizal.

Otra vez sintió el miserable la necesidad de huir, como si alguien fuese á sus alcances. Perchó como un desesperado al través del carrizal hasta encontrar una vena de agua; la siguió en todas sus tortuosidades entre las altas matas, y al salir á la Albufera, con el barquito libre de todo peso, respiró, contemplando la faja azulada del amanecer.

Después se tendió en el fondo de la embarcación y durmió con sueño profundo y anonadador: el sueño de muerte que sobreviene tras las grandes crisis nerviosas y surge casi siempre á continuación de un crimen.